

EL NEGRO TIMOTEO

2a. EPOCA

AÑO II

Director y Redactor: WASHINGTON P. BERMÚDEZ
Director artístico: ANTONIO PEREZ

Nº 6

MONTEVIDEO, FEBRERO 9 DE 1896

CUÁL DE LOS DOS ES MÁS CHANCHO?

ADMINISTRADOR
Pedro W. Bermúdez Acevedo

CALLE TREINTA Y TRES N.º 81

Teléfono: «Cooperativa» 648

Suscripción

Mensual. \$ 0.80

Núm. suelto. . . \$ 0.20

Atrasado. . \$ 0.30

El chancho lee *El Nacional*,
Y no parece muy ancho
De que en un editorial
Digan que su general
Moralmente es un gran chancho.

El chancho gruñe tal vez:

«Gran chancho? Qué candidez!

Aunque ponga mucho empeño

En ser gran chancho, pardiez,

Siempre quedará pequeño.»

Y luego añade quizá:

«Chancho mi amigo será;

Pero gran chancho, eso nó,

Porque, desde cuando acá,

El es más chancho que yo?»

En tanto el antes risueño

General, hoy frunce el ceño,

Y con toda valentía,

Va á herir la fotografía,

Ya que no puede á su dueño.

Dirígele al corazón

Una estocada mortal,

(Se entiende, para el cartón;)

En virtud de tal acción

Del ilustre general,

Aunque sé perfectamente

Que al buen callar llaman Sancho,

Pregunto:—Entre el inconsciente

Y el bipedo inteligente,

Cuál de los dos es más chancho?



Sumario del número 6.—*Textos*:—Cuál de los dos es más cínico?...—Un barco sin gobierno—Juan Lanas está de duelo—Cuento criollo—Aventuras de Robuchón—El Presidente montó el picazo—El ministro Viñas—Cosas de negro—Correo administrativo—Anuncios. *Caricaturas*:—Cuál de los dos es más chanchó?...—Un barco sin gobierno—Y multitud de grabados alusivos intercalados en el texto.

Todo lo que se publique en este periódico sin llevar un seudónimo o señal al pie, pertenece al redactor de EL NEGRO TIMOTEO.

Juan Lanas está de duelo

JUAN—Lástima que no le hubiese deshecho la cabeza de un pistoletazo!

ANGEL—Verdaderamente. (Qué católico apostólico el bearnés!)

JUAN—Así no nos embromaría más con su oposición sistemática é insostenible.

ANGEL—Ciertamente. (Las entrañas del maniquí!)

JUAN—Y podríamos disfrutar tranquilamente de las satisfacciones y glorias del poder.

ANGEL—Con sus gangas, Juan; no olvidemos las gangas.

JUAN—Eso se sobrentiende. Porque sin gangas, qué glorias ó satisfacciones encerraría el poder? Yo estoy por lo positivo.

ANGEL—De común acuerdo en la parte que me corresponde.

JUAN—Te ju vispera del duelo gando á Jesús y tisima.

ANGEL—Por la existencia de JUAN—Esdelo cuidaba, con Acevedo perdie uno.

ANGEL—Hombre! (Así paga el diablo á quien bien le sirve.)

JUAN—Pero errar el tiro á veinte pasos de distancia; ni que fuera á propósito! De seguro que yo pego en el blanco.

ANGEL—Ya lo creo; con un blanco tan blanco.....

JUAN—Por eso mismo, Angel. Recuerdo que una vez, siendo joven, tuve un desafío en Mercedes.

ANGEL—(Con admiración) Tú?

JUAN—Sí, yo! (Golpeándose el pecho.) O acaso me supones tan cobarde que?...

ANGEL—Al contrario, te considero un hombre de mucho valor. (De un valor de dos millones de pesos hasta el día, que ya irán aumentando.)

JUAN—Pues tuve un desafío, Angel, casi á boca de jarro, en una chacra de los alrededores de la ciudad.

ANGEL—Cómo se llamaba tu enemigo, si no es indiscreta la interrogación?

JUAN—Era un Peral de cuatro pies de altura, lo que hacía más difícil acercarse en el bulto.

ANGEL—Pariente del famoso andaluz inventor del barco submarino?

JUAN—No, un Peral criollo. Allí, frente á frente de mi contrario, sin mas testigos que Dios....

ANGEL—Cómo, sin más testigos?

JUAN—Angel, la Providencia no es el mejor de los testigos? Además estaban los chingolos que volaban de árbol en árbol. Yo mismo dí la señal: á la una, á las dos, á las tres....

ANGEL—Y pum! (Si el tiro no le salió por la culata.)

JUAN—Jus Qué te pien ba en me da. Ya ves pum!

tamente, pum!... sas? Y le metí dio del cora- qué pulso el

ANGEL—Se conoce que no tembló. Y no hubo consecuencias desagradables?

JUAN—Ninguna; al revés. Parece que el balazo le sentó al Peral, porque desde entonces creció más fuerte y vigoroso.

ANGEL—Después del balazo en el corazón? Permíteme que lo ponga en duda, á pesar de la fé que presto á tu palabra.

JUAN—Pero si no era un Peral de carne y hueso!

ANGEL—Ah! te referías á un peral de madera? (Me gusta el desafío de Juan Lanas.)

JUAN—Y con una fruta más rica! Lo propio hubiera sucedido si se tratara de una persona... ANGEL—Que lo dejas en el sitio.

JUAN—Como habría des- pachado al director de *El Nacional*, si yo hubiese ocupado el lugar de Pelayo. No que no!

ANGEL—Tomándolo por el peral de Mercedes.

JUAN—Claro, figurándome que disparaba sobre el Peral,

que tanto vale un árbol como un individuo, cuando el que tiene el arma en la mano es un hombre de sangre fría y agallas como yo.

ANGEL—(Para comer.) Según y conforme....

JUAN—Y mucho más ganándole el tirón al adversario. Porque yo al oír el primer golpe, disparaba.....

ANGEL—Cómo, echabas á correr?

JUAN—Qué paraba el revól fuese, y le enca til en el mate.

ANGEL—Un (Para que se fie confiesan y co

JUAN—Bah! al le debe guardar nes.

ANGEL—Sinó que se le debe tratar como á mancarrón ajeno?

JUAN—Naturalmente. Y muerto el redactor del diario, yo, con la excusa de que me hallaba distraído cuando sonó la palmada, ó con otra cualquiera, salvaba mi responsabilidad. No aplaudes mi viveza?

ANGEL—(Qué alma la de mi prójimo!) Censuro tu modo de pensar.

JUAN—Angel, la cabra siempre tira al monte, y tú no puedes negar que has sido correligionario de Acevedo Díaz. A que llorabas su muerte?

ANGEL—Esono; pero de no deplorar su muerte á aprobar tu manera de eliminar á un contrario....

JUAN—No prosigas. El asunto es que vive todavía y nos ha de causar muchos dolores de cabeza....

ANGEL—Se me ocurre un medio para jorobarle.

JUAN—Cuál?

ANGEL—Vaciarle el bolsillo á fuerza de multas.

JUAN—No comprendo.

ANGEL—Entablándole acusación tras acusa- ción.

JUAN—Ante el jurado? Se me antoja que el recurso es peligroso, porque el pueblo lo acompañará en los juicios de imprenta.

ANGEL—El pueblo! Y para qué están los soldados? No se visten de particular para ins- cribirse en el registro cívico y para votar en las elecciones?

JUAN—Sí.

ANGEL—Pues también se visten de particular para que concurran á los juris. A un pueblo se le opone otro pueblo. Y como su pueblo irá desarmado y el nuestro se presentará armado....

JUAN—El pueblo armado provocará un conflicto y reventará al pueblo desarmado. Saben que me gusta tu idea? No obstante, el jurado....

ANGEL—El jurado? Dejámelo de mi cuenta. Y si es difícil reunir un jurado á piácare, recurre á la vía ordinaria....

JUAN—Sabes que me gusta tu idea?

ANGEL—Eso te demostraré que no se me importa un ardite de mi antiguo compañero de armas y justificaré el proverbio de que no hay peor cuña que la del mismo palo.

JUAN—En vendría que beza de Chor la cosa.

ANGEL—Ca lito no, que aun cometer cier Tartarín ya es hace ascos á

JUAN—Hola! Ya encontré el pretexto: ese negocio de la venta de grados.... Pero recuerda lo que me has dicho....

ANGEL—Sí, Juan, que el jurado corre de mi cuenta....

Cuento criollo

(La idea es de R. Robert)

En cierta lejana villa Del territorio uruguayo, Cayó una vez como un rayo La horrible fiebre amarilla.

Individuo que atacaba La epidemia, solamente, Según decía la gente, Por milagro se salvaba.

El jefe de policía Con justa causa alarmado, Al supremo magistrado Un telegrama ponía,

Donde, en pos de relatar Los estragos de la peste, Finalizaba: «Conteste Que es lo que debo efectuar,

Mientras me remite algunos Auxilios.... Y Su Excelencia Respondió: «Por hoy, paciencia, Y á los medios oportunos

«Ante todo hay que apelar Hasta mañana ó pasado, En que le será mandado Lo que ha de necesitar.»

El telegrafista, que era Mozo novicio en el arte, El gubernativo parte Tradujo de esta manera:

«A los médicos por tunos Ante todo hay que apalea, Etcétera.... y fué á llevar El telegrama á Lobunos.

Así se nombraba el jefe Del departamento, quien (Aludo al jefe) no bien Leyó lo que el mequetrefe

Le traía; aunque bastante Sorprendido, murmuró: —Pues al avío! Y habló De este modo al ayudante:

—El Presidente me ordena: Que á los médicos el lomo Les curta en seguida.—Cómo? —Con una paliza y buena.

Eche usté mano en el día De los doctores, y luego Me les sacude....—Yo ruego Respetuosamente á Usia,

Se digne reflexionar Que sin motivos ningunos... —«A los médicos por tunos Ante todo hay que apalea.»

Lo dispone el Presidente, Y bueno ó malo, ayudante, Obedézcalo al instante Puntual y precisamente.

Ante el mandato formal
Del jefe de policía,
Que réplicas no admitía
Por su origen oficial,
El ayudante al momento
Salió de la jefatura,
Y con la mayor presura
Condujo al departamento
Central, á los tres doctores
Del pueblo, y allí reunidos,
Hallándose ya advertidos
Tres cabos de los mejores,

De tres morrudas macanas
Armados; poco después,
Pegaban á aquellos tres,
Tres palizas soberanas.

Así que estuvo concluida
La solfa, que tué sonante,
Dijo al jefe el ayudante:
—La orden ha sido cumplida.

El jefe inmediatamente,
Aunque parezca soflama,
Mandó un largo telegrama
Noticiando al Presidente:

«A los médicos que aquí
Funcionan, en consecuencia
Del mandato de Vucencia,
Una paliza les di.

«Y fué tal, que por sus piés
Hasta su casa no irán,
Donde en la cama estarán
Por lo menos todo un mes.
«Los mando á sus domicilios,
Y ahora, señor Presidente,
Espero confiadamente
Que me envíe los auxilios.»

Su Excelencia al conocer
La obra de su delegado,
Quedóse como alelado
Y no sabiendo qué hacer.
Por fin al jefe pidió
Le explicase todo aquello
De las palizas.... y ello
Su delegado aclaró.

Resumen: como la sogá
Siempre por lo más delgado
Se quiebra y el desgraciado
Que no nada al fin se ahoga,

Lo siguiente resultó:
Que los médicos quedaron
Con los golpes que llevaron,
Y uno de ellos se murió.

Que los cabos ascendieron,
Lo propio que el ayudante,
Y que en la primer vacante
Al jefe ministro hicieron.

Y que en atención y en vista
De muy fundadas razones,
Despidieron á empujones
Del cargo al telegrafista!

Aventuras de Robuchón

(Concluirá)

Ah! gaucha maldito! En vez de entregarme el facón según me lo suponía, me tiró una tremenda puñalada, que tuve la fortuna de parar con la mano del ponchito, al propio tiempo que sacudía un leroz puntapié en la boca del estómago de aquel bruto, el cual cayó panza arriba desmayado.

Inmediatamente le arrebaté el cuchillo y me asaltó la idea de degollarlo como á un carnero; mas al punto reflexioné que el bandido me podía ser útil. Así es que traté de hacerle recobrar el sentido, rozándole la frente y mejillas con un poco de agua, que traje de la próxima cañada en una de mis botas.

Un rato después el malhechor volvía en sí: —Picarol exclamé, debía tocarte el violín ahora mismo para que pagaras tu tentativa de asesinato.

—Disculpeme, señor, por su

madrecita se lo ruego. balbuceó arrodillándose humildemente en actitud de súplica. Yo no sé qué pasó por mí, que de pronto me vinieron ganas de hachurarlo.

—Te perdono, infame, te perdono; pero me has de despojar al tigre con el mayor cuidado.

En seguida cogí el mástil de la carpa y colocándome en posición de partir la cabeza de un palo al criminal si renovaba la agresión, arrojé el cuchillo á sus plantas, refunfuñando:

—Mira, bribón, en cuanto malicie que pretendes jugarne una mala partida, te hundo la tapa de los sesos de un estacazo.

—No tema que me repita el impulso de ojalarle el buche.

—Peor para tí si lo intentases, canalla!

Y durante la tarea del foragido, que la concluyó en un cuarto de hora, permanecí con el mástil levantado. Mi mástil fué como la espada de Dionisio pendiente sobre el cráneo de Damocles.

—Hay que estaquear el cuero, murmuró el paisano.

—No. Así fresco lo venderé en la primer pulpería. Clava el cuchillo en el suelo y aléjate cinco pasos.

Obedeció el gaucha y entonces recogí el facón. Acto continuo le ordené que cargase el cuero y la tienda de campaña, menos el mástil, con que yo me quedé por las dudas; todo lo cual verificó el bandido preguntándome:

—Me va á llevar con Vd?

—Sí, á Nueva York.

—Dónde?

—A los Estados-Unidos.

—Y qué Estados son esos?

—Cierra el hocico y marcha.

—Señor, compadézcase de mí. Yo soy un pobre desertor del tercero, que ando matreando por escapar de la policía, y si el comisario me descubre me mandará al batallón.

—Eres algún voluntario?

—Sí, señor, de los de codo con codo.

—Bueno, si nos toca la desgracia de encontrar al comisario, yo le manifestaré que te contrataste conmigo en Montevideo.

—Cómo es su gracia, y dispense?

—Robuchón, el héroe Robuchón. No me has oído nombrar?

—Nunca, señor.

—Es extraño! En fin, silencio y en avant. Camina á vanguardia.

Seguí, pues, tranquilamente mi viaje, hasta llegar á la orilla de un arroyo con monte. Allí me detuve para descansar un momento. El gaucha, conforme al parecer con su nueva situación, tendióse en el pasto y empezó á referirme su historia. En resumen, tenía cincuenta años de edad, treinta de servicios en varios regimientos, y había cometido sesenta robos, setenta violaciones y ochenta muertes por lo menos. Figúrese Vd. qué criminal acababa de rendir!

Hallándome lo más entretenido con la relación de la vida de esa brava pieza, percibí una especie de gruñidos como de chanchos ó perros cimarrones.

—Son perros cimarrones? interrogué.

—Peor que perros cimarrones. Son jabalises, y conviene que nos trepemos á los quebrachos para que no nos devoren.

—En este país hay puercos salvajes?

—Vaya si hay puercos salvajes! Con que hay hasta puercos civilizados! En este país hay puercos de todas clases; y hay de todo, patrón, como en botica, incluyendo á los Presidentes-epidemias: por ejemplo, don Juan Idiarte Borda.

—Es verdad, repliqué, maravillado de que el desertor estuviese tan enterado de la política uruguaya.



El gaucha se subió á un árbol y yo á otro, tan oportunamente, que si nos tardamos un minuto más somos víctimas de una manada de aquellas bestias feroces, á cuyo frente apareció un macho viejo con unos colmillos casi tan largos como los de un elefante.

Observé que el malhechor temblaba más que un azogado, mientras que yo estaba tan sereno como si toda mi niñez la hubiera pasado entre pjaras de jabalises, como decía el paisano. Cada día me convenzo más de que he nacido predestinado para afrontar y vencer los peligros más famosos.

Apunté con mi revólver al jefe de la manada, apreté el gatillo, salió el proyectil y rodó exánime el macho viejo. Los demás cuadrúpedos huyeron desparvoridos por entre el monte. Rápidamente descendimos de los quebrachos; mi prisionero juntó algunas ramas y troncos secos y yo las encendí con un fósforo.

Comenzó á arder una gran hoguera. Separé del tronco la cabeza del porcino, que es un bocado de lo mejor, y la puse al fuego.

—Ves, si yo no fuera un hombre tan caritativo, así te hubiese cortado el gañote.

—Sí, señor; pero porque no echa un costillar sobre las brasas?

—Cierito.

El gaucha me pidió el cuchillo para efectuar la operación de desprender el costillar y se lo negué. Acaso tengo un pelillo de tonto? Lo que deseaba era apoderarse del facón. A mí, maní! según la frase de los criollos.

Asamos la cabeza y el costillar y comimos. El paisano envolvió los restos del frugal desayuno en la lona de la carpa, así como los pernils, y acomodándose el lio en el hombro continuamos el viaje. El bandido iba descalzo y yo me saqué las botas para cruzar el arroyo.

De repente vi que un yacacia mi con la horrible boca cocodrilo es que la abierta. ¡Qué pantoso!

El gaucha, esta circunstancia mi sorpresa, ti se metió en el monte gritando:

—Que le vaya bien, compañero, y que no se lo traguen los zorros. Lo que siento es que se lleve mi facón. Dios lo libre que Vd. caiga en mis uñas, porque no cuenta el cuento.

Despaché de una cuchillada al monstruo, cuyo cadáver arrastró la corriente, y penetré en la espesura persiguiendo al bandido que de ese modo correspondía á mi generosidad; pero después de inútiles pesquisas y de mucho lastimarme las piernas con las púas de unos arbustos de que no he averiguado el nombre, regresé para salvar mi carpa medio sumida en el fango del arroyo.

Entonces llegaron hasta mí, como proferidas desde lejos, estas palabras del desertor:

—Ahí te mando un corte de mangas... y si te perdés chistame.



Allá va la nave!
 Quién sabe dó vá?
 Ay! triste el que fia
 Del viento y la mar.
 El jefe en la cofa
 Del palo mayor
 Y el pobre piloto
 Restado al timón.
 En tanto un robusto
 Grumete infeliz
 Durmiendo la... siesta
 Divisase allí.
 En salvo los otros
 Se quieren poner,
 Previendo el naufragio
 Que espera al hajel.
 Algunos escollos
 Con suerte salvó;
 Pero ahora dirige
 Su prora al peto.
 Allá va la nave!
 No saben dó vá?
 Sin rumbo y gobierno
 Va á hundirse en el mar!

Alcé mi tienda de campaña y atravesé el arroyo. Como la lona se había empapado y su peso era enorme, la desdoblé y la puse á secar en un cerrillo cubierto de espinas de la cruz. Entretanto me senté sobre una piedra. Al rato advertí que salía de una cueva cercana un animalito muy hermoso, como de veinte centímetros de largo, con una cola peluda y más ó menos de la misma longitud del cuerpo, de color gris obscuro con dos listas blancas en el lomo.



Queriendo agarrar vivo á ese pequeño cuadrúpedo, me fui sobre él; mas al ir á echarle mano, qué creerá Vd. que ocurrió? El perrito animalito, que no sería mayor que un gato, se me paró frente á frente y me soltó un chorro de... líquido amarillento; un líquido nauseabundo é insupportable, que primeramente me dejó como atontado y en seguida me ocasionó tales arcadas, que vomité todo el jabalí que había engullido.

Mi traje desfetidez, que tu darne para la arroyo. Traba y supérfluo! El minuita. Refre con arena, con rro, y nada! Persistía aquei atroz perfume. Como no traía ropa de repuesto, no hubo más remedio que apechugar con el vestido apenas se oreó, pues ya se iba haciendo tarde.



pedia tarta ve que desnudarle en el jo infructuoso hedor no disingüé los trapos greda, con barro, y nada! Persistía aquei atroz perfume.

Proseguí, por lo tanto, mi viaje con la carpa á cuestas, y tapándome de vez en cuando los dos orificios de la fación más saliente de mi rostro, fación que semeja un reloj de sol mal encarado, según la célebre poesía de Quevedo. Parecía que el campo en mi derredor estaba impregnado de la hediondez que exhalaba mi vestido.

Las vacas y los toros, que días antes se me arrimaban con curiosidad, ahora se apartaban de mí á trote y galope, como corridos por ese olor inaguantable. Últimamente distinguí un rancho allá á lo lejos, y á él me dirigí con la intención de solicitar de los moradores una muda de ropa, apelando á sus filantrópicos sentimientos.

Al acercarme al rancho, asomáronse á la puerta tres chinas, apretándose con los dedos las narices. Una majadita de ovejas que pastaba en un bajo contiguo, emprendió una disparada loca. Los perros, en lugar de atropellarme como es de costumbre en las estancias, corrían campo afuera dando aullidos lastimosos. Yo marchaba avergonzado de lo que acontecía.

—Cristiano, vociferó una de las mujeres, pase de largo por favor.

—Señoras, me, respondi no lo que me go que me lo ex

—Pobre na vieja. Silo ha miao guese no más, que hospitalaria.... Si zorrillo!

Instantáneamente me acordé de las palabras del gauchó: —Que le vaya bien y no se lo traguen los zorros. No me tragaron los zorros; pero me orinó un zorrillo!

Las mujeres me aviaron con una camisa de zuraza, un calzoncillo de algodón, un chiripá y una chaqueta. Hete á Robuchón convertido en gauchó por causa de un zorrillo!

(Concluirá en el próximo número.)

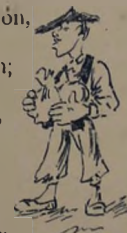
El Presidente montó el picazo

Su Excelencia el general
Y Tartarín oriental,

Un partidario leal.
Un patriota sin rival,
De talento colosal,
De valor fenomenal
Y de fama universal;
Por orden presidencial
Pasó una nota al fiscal
En materia criminal,
Para que, conforme á tal
Precepto fundamental,
Que casi puso textual,
Del gran Código Penal
(Y es un yerro garrafal)
Llevara ante el tribunal
Competente al Nacional,
Porque este diario, fatal,
Para el desgobierno actual,
En un corto editorial
Lleno de pimienta y sal,
Consignaba muy formal
Que un empleado principal
Vendía en la capital
Ciertos grados de oficial,
Pidiendo por cada cual
La suma justa y cabal,
De veinte doblones al
Desgraciado racional,
Que de ese modo ilegal
Deseara vestir marcial
Uniforme; y el puntual
Importe de su inmoral
Negociado, el animal
Recibía en vil metal,
Como dijo Juvenal,
Salvo error piramidal,
O en papel del Comercial
O del Londres, que era igual
Para el empleado venal.



Como esa aseveración
Constituye un gran baldón
Para esta administración,
Digna de la admiración
De este mundo picaón,
De los de Argos y de Orión,
O cualquier constelación,
Y aun de toda la creación;
El jefe de la nación,
Más honrado que Foción,
Más severo que Catón,
Más sabio que Salomón
Y más puro que Platón;
Y el émulo del varón
Honra y prez de Tarascón,
Quieren que ante la opinión
Se destruya de un tirón,
Esa audaz imputación
Del órgano más chichón
Que tiene la oposición;
Y esa es la sola razón
Por la cual el Napoleón
De esta tierra de Colón,
Cumpliendo la decisión
De don Juan el conilón,
Tomó la disposición
Para que, sin dilación,
Se entable la acusación
Contra el diario machacón,
Que tiene á la situación
En congoja y aflicción,
Ya diciendo que un playón
Había en la acuñación,
Ya atacando con tesón
Una atropellada acción
De un jefe de batallón;
Y hablando de algún malón
Del que izaron al sillón,
Dándole cada quantón,
Cada tunda y revolcón
Que no merecen perdon;
Y hay que meterle un tapón.



«Faltaría á mi deber,
Pone el ministro en su nota,
Si esa calumnia macota
La dejáramos correr.
Y cómo nunca el Poder



Ejecutivo ha faltado
A su deber, acusado
Sea hoy mismo *El Nacional*,
O el ejército oriental
Quedaría deshonrado.»

Muy bien, general, muy bien;
Pero diga Vucelencia
Con la mano en la conciencia:
¿Cuándo tira á tujiplén
Los grados, hoy día cien,
Mil mañana, sin justicia,
Pues se dan á la impericia
O á los que nunca jamás
Fueron soldados, quizás
Se enaltece á la milicia?

¿Cuándo los desvergonzados
Servicios electorales,
Y algunos más personales,
Se recompensan con grados,
Creé se quedan muy honrados
Aquellos que sus galones
Ganaron en guarniciones
O en campañas, uno á uno,
No en el oficio gatuno
De hacer fraudes á montones?

Los señores oficiales
Y jefes que no han saltado
La escala, pues han trepado
Tan solo por sus cabales,
Se honrarán con ser iguales
De aquellos que, por favores
Y otros motivos peores,
Así de golpe y zumbido,
A tenientes han subido,
Capitanes y mayores?

Recibe honra la carrera
Militar, con la tropilla
De jefes de pacotilla
Que han hecho la coladera?
Y cuando un jefe cualquiera
Valiéndose del terror,
Manda beber á un menor
Un litro de horrible caña,
Creé Vucelencia que la hazaña
Hace al ejército honor?

Cuando carga un asistente
Con un chiquilín enteco,
O un vestido ó un chaleco,
Siendo hazmerreír de la gente,
Como se vé diariamente
Por la hermosa capital,
El ejército oriental
No se deslustra ni mancha?
Pues ya su conciencia es ancha.
Distinguido general.

Cuando lleva á algún doncel
De su casa un comisario,
Y luego de voluntario
Lo remite á algún cuartel,
Creé Vucelencia que un laurel
Nuestro ejército se gana?
Y cuando suena una diana
Con música retozona,
Creé Vucelencia que es corona
Del ejército esa diana?

Buena es su nota... y mejor
Sería que corrigiera
Los vicios que á la ligera
Le he apuntado y dan horror.
Así el brillo y el honor
Del ejército, aumentando
Vucelencia irá, y evitando
Que le grite el pueblo entero:
«Déjate de cantar jilguero,
Que me estás atormentando.»

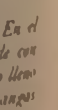
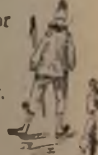
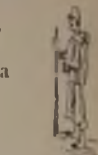
El ministro Viñas

(La acción pasa en la bodega de un cortijo. En el centro de la bodega hay una mesa grande con papel, plumas, tinta etc. Además un jarro lleno de cerveza del país. El ministro está en mangas de camisa.)

ESCENA I.

El ministro y un sirviente

MINISTRO —Tengo que redactar un proyecto muy importante y no quiero ser interrumpido.



Por ningún zopenco de la
vecindad.

SIRVIENTE—(Ya te en-
tendí.)

MINISTRO—Así es que no
sirve para nadie, oyes? Con
proporción de algún edecán,
por supuesto, que entonces me lo avisarás para
regalarme convenientemente.

SIRVIENTE—Sí, señor.
MINISTRO—Entorna la puerta y prepárame
baño para cuando acabe de escribir.
SIRVIENTE—No necesita más cerveza? (Como
yo no supiera que la tira apenas salgo.)
MINISTRO—No, vete. (Se retira el doméstico.)

ESCENA II

El ministro paseándose y el sirviente por afuera
Esto de hacerme traer un jarro de cerveza,
para despistar al criado. El se pensará que
yo me la chu-
nocente que
detrás de una
do del jarro, y
puta de una cu-
rro. He aquí
mi gusto y
fiac. (Se sienta
viente se creará que vengo á redactar proyectos
á la bodega, donde se respira un fresco delicio-
so. Para dar apariencias de verdad á mi em-
buste, le mando traer tinta, papel y plumas. El
se traga todo con la mayor candidez. ¡Qué fácil
es engañar á los hombres! (Bebe.)



SIRVIENTE—(Mirando
por la rendija de una puer-
ta.) Ya empezó á pegarle
al vino.

MINISTRO—Lo que es
el negocio del Banco, fra-
casó de medio á medio...
Una gran coima perdida!
(Bebe.) Pero chi dura
vince, según el refrán italiano. El que perseve-
ra, triunfa. Y yo he de conseguir una victoria
completa... Si, fundaré un Banco, un gran
Banco... (Bebe.) Como no ha de haber un sindi-
cato que me facilite cinco ó diez millones, ofre-
ciéndole diez ó veinte con buenas garantías?
Lo que quieren los negociantes son buenas
garantías. (Se dirige á un segundo tonel y llena de
nuevo el jarro.)

SIRVIENTE—(Mirando por la rendija.) Al ter-
cer jarro, mona segura.

MINISTRO—Llamaré á otra puerta y á otra y
á otra, hasta encontrar el dinero necesario para
la famosa institución de crédito

SIRVIENTE—Lo que va á
encontrar, por lo pronto, es
una zorra de padre y señor
mío.

MINISTRO—Hay que
fundar un Banco para los
amigos. Se hallan pobres,
muy pobres, y por consiguien-
te muy disgustados... Juan Lanas no les permite
realizar ni siquiera un picholco... Qué hombre
avaro, caramba! Todo lo ambiciona para sí.
(Bebe.) De cincuenta duros para arriba, las utili-
dades han de partirse con él... (Comienza á tar-
tamudear.) Con que me exigió hasta la última
coima del Banco! Fué preciso reñir una batalla
campal para persuadirle de que eso ya pasaba
de castaño obscuro.

SIRVIENTE—(Mirando por
la rendija.) Ya está medio
chispo.

MINISTRO—Con la ayuda
de Angel y Tartarín, se lo-
gró que nos prometiera aflo-
jar algunos miles. Aunque
yo me figuro que cedió por-
que no confiaba en que se
levantase á cabo el empréstito. En virtud de haber
fallado la operación, yo debí renunciar la car-
tera.

SIRVIENTE—(Mirando por la rendija.) Tú no
has de renunciar la cartera ni al vicio de em-

biagarte: te agradan mucho
las dos chupandinas.

MINISTRO—(Después de va-
ciado el jarro, vuelve á llenarlo
con coñac.) Pero á qué dimitir?
Si yo abandono el comedero,
otro lo ha de ocupar, y
tonto sería que dejara á
otro lo que yo puedo aprovechar. Ya he echado
un buen remiendo al poncho de mis finan-
zas. Et, qué estado tenía el poncho! Con cada
agujero que daba horror.... Ahora que lluevan
chaparrones.... (Concluye de beber el jarro.) Que
llue... van chapa... rrones.... Aguan... aguantará
un... dilu... un dilu... un diluvio. (Meciéndose en
la silla cae de espaldas.)

SIRVIENTE—Pataplúm! Al suelo...

MINISTRO—(Tratando de incorporarse.) Y lo...
lo... más gracioso... lo más...
gracioso... es que algunos...
algunos... algunos diarios
todavía... todavía... alaban
mi honradez.... (Se queda
tendido, cierra los ojos y se
duerme.)

ESCENA III.

Sirviente y un edecán

SIRVIENTE—(Abriendo la puerta.) El ministro?
Véalo Vd.

EDECÁN—Pero este es el ministro?

SIRVIENTE—Sí, señor, es el ministro.

EDECÁN—Así duerme la siesta?

SIRVIENTE—No, señor, así duerme la tranca.
Y esto ocurre todas las veces que llega al
cortijo.

EDECÁN—En qué manos anda el panderol!

SIRVIENTE—Figúrese Vd!

EDECÁN—Yo me suponía que lo calumniaban
cuando le atribuían este vicio; y aunque su
modo de andar me parecía sospechoso, yo lo
consideraba natural...

SIRVIENTE—Sí, señor, natural de un Ma-
merto.

COSAS DE De Oro

Decía *La Razón*, en uno de sus números pa-
sados, respondiendo á los hermosos artículos
de *Byzantinus*: «Han concluido los caudillos;
ha desaparecido el militarismo; se han afianza-
do las primordiales libertades: libertad de la
prensa, libertad de reunión...»

Libertad de reunión? Lástima grande
Que no sea verdad tanta belleza,
Y que aun Onetto mande:
—¡Delen hacha no más á la cabeza!

En *La Unión* de Minas le ha salido un defen-
sor al coronel Gerona, jefe político de aquel
departamento.

Lo único malo que tiene ese defensor es la
firma; es decir, el seudónimo; menos, las letras
con que suscribe su obra.

Obra que *La Unión* pu-
blica como *Remitido*, tal vez
á causa de esas malditas
letras. Había sido original el
defensor del coronel Gerona!

¿Pues no se le ocurre con-
cluir con K. K. el panegirico
que hace del señor jefe polí-
tico de Minas?

Siquiera hubiese elegido otras letras más...
más castellanas, para evitar equívocos.

A un cura le preguntaron:

—Cuál es el ave mejor?

Y el cura tomando un polvo
De tabaco, respondió:

—Según se estimara: si el ave

Sirve para la unión.

No hay como el Ave Maria,

Con que el Ángel saluda

Graciosamente á la Virgen;

Y si para el esador,

No hay como el pavo, y quedemos

En paz y gracia de Dios.

Ya se sabe que los miembros de la Junta E.
Administrativa de la capital, con excepción de
uno, el señor don Dalmiro Egaña, se han aug-
mentado cien duros mensuales de sueldo.

El presidente
tor don José M.
glo á su categoría.
cientos, sin per-
quinientos ó seis
cibe como jubí-
Parece ser que
aquellos señores
por supuesto que á expensas de la Junta. Ello
no reza con el presidente, que al parecer siem-
pre lo ha tenido, costeado por el tesoro de la
misma.

Dice un diario que esta acaba de pagar mil
quinientos pesos, por gastos de coche de un
solo miembro de la Económica. Figúrense us-
tedes cuando se presenten las cuentas de los
restantes!

Con razón proponía la
Honorable que se aumentaran
algunos impuestos municipales
y se crearan otros. Y con más
razón no se publica el movi-
miento de fondos de esa Eco-
nómica Junta!...

Una Junta de hombre buenos
Que hacen un papel de estraza,
Presididos por Vilaza
Nada menos!

Según comunica un diario, se halla tan atra-
sado el despa-
se ocupa el se-
los asuntos que
ministerio, que
hace más de un
extendidas en el
Gobierno y
cual constituye

—Si, el colmo de la administración y del
trabajo, que es no hacer nada bueno.

—Pero entonces en qué se ocupa ese mi-
nistro?

—En ir de su cortijo de Colón á su cortijo
de Paysandú y de su cortijo de Paysandú á su
cortijo de Toledo.

—Como quien dice, se ocupa de andar de
bodega en bodega?

Es sabido que las obras del puerto de Mon-
tevideo, costarán catorce ó quince millones de
duros. Como la suma pareciera demasiado
abultada al Presidente de la República, trató
de introducir alguna rebaja en esa enormidad.

Para el efecto convocó á sus ministros,
quienes, después de madura deliberación, pro-
pusieron: «que en vista de haber declarado el
mismo ingeniero Guerard, á su vuelta de Bue-
nos Aires, que no era necesario el canal de
ensayo, se deduciría del costo total la suma en
que estaba avaluado, 10.000 pesos poco más ó
menos.»

Esa noticia es de origen oficial, como que la
publica *La Nación*.

Conste, pues, que gracias á la iniciativa del
Presidente, las obras del puerto costarán diez
mil duros menos que lo calculado; esto es, trece
ó catorce millones novecientos noventa mil pe-
sos, en lugar de los catorce ó quince. No es
digna de ser alabada la economía de don Juan?

—

—

—

—

—

—

—

—

—

—

—

—

Otra barbaridad en Rivera.

Cierto Diago robó alguna ropa á doña Ramona Martínez y huyó para el Brasil.

Doña Ramona Martínez denunció el hecho al comisario Pintos.

Y el comisario Pintos, no pudiendo aprehender á Diago... Saben ustedes lo que hizo el subalterno del señor Pedragosa?

Pues aprehender á una hermana del ladrón!

En vano la hermana protestó de su inocencia y citó en su abono á doña Ramona Martínez.

Y en vano doña Ramona Martínez declaró constarle que la hermana no era ni cómplice del ladrón.

Nada, á la cárcel la hermana de Diago!

Para barbaridades la policía de Rivera... é idem, la de Montevideo!

De La Razón:

«La primera remesa de fusiles y carabinas estará en Montevideo dentro de un mes poco más ó menos. Los cañones, en Agosto ó Setiembre del año corriente. El precio de cada batería de cañones oscila entre 45 y 50 pesos.»

Si cada batería tiene seis cañones, por ejemplo, el precio de cada uno oscilará entre 7.50 y 8.33. No pueden darse bocas de fuego más baratas. Y después dirán que el gobierno de Idiarte Borda:

Que tan bien cumple
Con sus deberes,
Es un gobierno
De mercaderes!



La Voz del Pueblo, de Minas, cuenta que en uno de los últimos partes diarios pasados por el jefe de serenos al coronel Gerona, le decía poco más ó menos lo siguiente:

«Don N. N. (aquí el nombre del vecino aliado al partido nacional) entró anoche á su casa á las dos de la madrugada.»

Ahora solo faltaría que el jefe ra á los vecinos políticos prohibie horas por las calles, para imitar al de Rocha, cerrar los cafés



á las once de la noche en punto.

No nos parecería mal que el coronel Gerona se constituyera en padre de familia ó tutor de los habitantes de su departamento, tomándolos en cuenta de menores de edad.

Al fin y al cabo, qué somos hoy los orientales sino menores de edad, que nos dejamos llevar de la nariz por cualquier Juan Lanas, ó funcionario público que se le antoje?

La Opinión de la Asunción del Paraguay, transcribe algunas poesías del redactor de EL NEGRO TIMOTEO, sin ponerles al pie el nombre de su autor, como es de uso y costumbre en toda tierra de cristianos.

Graciosos estos periodistas, confeccionadores de almanaques y compiladores de Libros de lectura, que dan como de cosecha propia las producciones ajenas!

Y se quedan tan frescos!

Sin duda para los señores aludidos, robar los trabajos intelectuales, no es robar.



Hemos recibido un interesante folleto titulado: «Viñedos del departamento del Salto—Nuestros reportajes—Ecos del Progreso á la prensa de la República.»

Según el cuadro estadístico inserto al fin de la obra, en el departamento referido hay ochenta y cinco viñedos, que producen anualmente como seis mil bordalesas de vino.



—Quien pudiese beberse las de una asentada, dirá cierto hombre de Estado más conocido que la ruda... por su afición á los alcoholes.

Agradecemos á Ecos del Progreso el envío de ese folleto, que alaba justamente

TEATRO SOLIS

Empresa: F. PASTOR y Cía.

Hoy Domingo verdadero acontecimiento artístico

LA GRANDIOSA ÓPERA LA DOLORES

PRECIOS—Palcos avant-scene, \$ 40.00; id bajos, 8.00; id altos, 5.00; id de cazuela, 3.00; sillones de orquesta con entrada, 2.00; tertulias balcon con entrada, 2.00; id altas con id, 1.50; lunetas de cazuela con id, 0.80; entrada general, 1.00; id cazuela y paraíso, 0.40.

PABELLON



CONFITERIA AMERICANA

DE LA CIUDAD

PASO DEL MOLINO

331 18 DE JULIO 323

906 AGRACIADA 906

—CASA FUNDADA EN 1876—

DE

Demarco y Miro

Premiada en la exposición Italo-Americana de Genova el año 1882 y en la de Chicago el año 1883



don Guillermo Schmerson, delegado de tura en el departamento del Salto.

Para organizar las fiestas Del próximo carnaval, El señor jefe del Salto Dirigió una circular A cien de los principales Vecinos de la ciudad, Pidiéndoles se sirvieran Concurrir donde el sultán Los citaba y esperaba, Que ya se comprenderá No era otro punto ni sitio Que la casa policial; Pero de los cien vecinos Fueron siete nada más.

—Siete? Caracoles! El siete es un número simbólico.

—Y ante el número simbólico, El señor jefe político Que es generalmente estético, Tuvo un soberano cólico

—Pues á curarse!...

Correo administrativo

C. M. Melo—Sirvase devolver los ejemplares sobrantes. J. F. P. Paysandú—Carta y giro de fecha 24 son mi poder. Gracias.

I. P. S. Maestro Campo—En mi poder carta fecha 20. Muy bien.

S. P. Paso del Sauce—Recibi carta fecha 25. Muy bien.

J. E. Salto—Recibi carta y giro de fecha 29. Muchas gracias.

M. R. Sauce—Recibi la suya de fecha 30. Espero órdenes.

M. F. P. Chafalote—Acuso recibo de la suya de fecha 20. Conforme con su proposición.

E. M. Casupá—Recibi su carta de fecha 31 y los sellos que la acompañaban para pago de suscripciones Enero y Febrero. Muchas gracias.

E. P. San José—Recibi carta fecha 1.º y giro. Muchas gracias.

A. C. Salto—Recibi carta y orden fecha 29. Gracias.

D. O. San Eugenio—Recibi la suya con el giro de fecha 31. Por carta contesto. Recibos van por este correo.

P. G. Caraguatá—En mi poder su carta de fecha 19 del pasado. Por correo del 1.º remiti los números que pedia.

ODEON

Comp. Cómico-lírica de E. MONTEFUSCO

FUNCIÓN TODAS LAS NOCHES

Entrada general 0.10—Sillas reservadas 0.10

SIMPLEZAS Y PICARDÍAS

PRECIO 50 cts.

Colección de epitafios, epigramas, cantares y otras composiciones cortas

— DE —

WASHINGTON P. BERMÚDEZ

DIOS Y PATRIA

HABANILLOS

ESPECIALES



Al Solino

Telefono Montevideo 1175

EL POBRECITO HABLADOR

Se venden colecciones completas de este periódico—8 números—4 \$ cada colección

LA SUD-AMERICANA

LITOGRAFÍA Y TIPOGRAFÍA

Taller de rayados y encuadernaciones

Calle Treinta y Tres, 87 á 93

Casa especial en trabajos de cromo

TELÉFONO: «LA COOPERATIVA» 848



PERIODICO CRIOLLO

REDACTOR

ALCIDES DE-MARIA

Las personas que residen en puntos donde no haya agentes y quieran suscribirse á EL NEGRO TIMOTEO, tendrán á bien designar una casa de comercio en esta ciudad, encargada de abonar las mensualidades respectivas.